

Politizar la deuda sin apelar al Estado: endeudamiento e identificación política en el electorado de Milei

Mariana Gené, Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro¹

La morosidad de los hogares argentinos creció con rapidez y se instaló en la agenda pública. El Banco Central informó que la mora de las financiaciones a las familias pasó del 2,94% en febrero de 2025 al 12,8% en junio de 2026. En el Congreso se acumularon proyectos de refinanciación, regulación del crédito y desendeudamiento. El Gobierno rechazó intervenir: “¿Les pusieron una pistola en la cabeza?”, preguntó Javier Milei. Para el presidente libertario, las deudas son acuerdos entre privados y asistir a quienes no pueden pagarlas significaría trasladar el costo a los demás.

Desde julio de 2024 seguimos a cinco grupos de votantes del “núcleo duro” de Milei mediante contactos periódicos a través de grupos de WhatsApp.² La deuda los afecta, a veces de manera dramática, y muchos reconocen que dejó de ser un recurso excepcional para pagar alimentos, servicios y gastos cotidianos. Pero ese reconocimiento no conduce necesariamente a pedir regulación estatal ni a revisar su adhesión política. La novedad no está en el padecimiento, sino en cómo se interpreta: un mismo participante puede describir una economía que empuja a las familias a endeudarse y, minutos después, sostener que cada deudor debe hacerse cargo sin ayuda pública.

La teoría social clásica enseñó que entre la experiencia y las actitudes intervienen valores, puntos de vista y creencias que operan como grilla de lectura de lo que las personas viven. Marx llamó a eso ideología, pero los equívocos de su interpretación como falsa conciencia llevaron a buscar alternativas analíticas, desde la fenomenología hasta la teoría del habitus. Los estudios políticos mostraron, además, que las identidades colectivas y la adhesión a un líder funcionan como atajos cognitivos: permiten tomar posición sobre asuntos lejanos y dar sentido a la experiencia cotidiana. En contextos polarizados, el partidismo negativo –que solidifica al

¹ Mariana Gené (Universidad Nacional de San Martín – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - mgene@unsam.edu.ar). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Élites, desigualdad y democracia”; Gabriel Kessler (Universidad Nacional de San Martín – Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - gkessler@unsam.edu.ar). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Violencias, autoritarismos y políticas de seguridad democráticas”; Gabriel Vommaro (Universidad Nacional de San Martín – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - gvommaro@unsam.edu.ar). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Élites, desigualdad y democracia”.

² Desde julio de 2024 realizamos un estudio longitudinal mediante cinco grupos de WhatsApp con votantes que apoyaron a Milei en ambas vueltas de 2023. Para este texto analizamos las respuestas de 29 participantes a una consigna sobre endeudamiento y de 30 a otra sobre la posible intervención estatal. Los conteos son descriptivos y no buscan representar estadísticamente al electorado mileísta.

grupo en su aversión al adversario— organiza buena parte de la mirada sobre los acontecimientos: si un vocero del grupo considerado como adversario adopta una posición, los miembros del *in-group* tienden a suponer que la posición contraria es la adecuada.

Las y los votantes duros de Milei atraviesan este tipo de alineamiento. Muchos cruzaron un puente: dejaron atrás la expectativa de que el Estado se ocupe de los asuntos públicos y llegaron a la orilla de la crítica radical a su intervención. Cuando la situación de endeudamiento aprieta, ese apremio no basta para desandar el cruce.

La deuda no politiza por sí misma

La Argentina conoció otras coyunturas en las que las deudas ingresaron en la esfera pública, con desenlaces distintos. Durante la expansión del consumo de 2003-2015, el crédito fue vivido como vía de acceso a bienes y bienestar; mientras las cuotas se integraran al presupuesto doméstico, la deuda se narró como inclusión y movilidad, y no dio lugar a un movimiento de deudores de consumo (Luzzi, 2021; Wilkis, 2024). Los hipotecados UVA siguieron otra trayectoria: aun con mora baja, la indexación del capital y la sensación de pagar sin dejar de deber alimentaron una organización nacional, apoyada en una figura moralmente legítima —el deudor que seguía pagando—, un bien valioso —la vivienda única— y una responsabilidad identificable en la política estatal que la había habilitado. La politización feminista realizó otra operación: la consigna “Vivas, libres y desendeudadas nos queremos” reunió obligaciones heterogéneas para mostrar sus efectos comunes sobre la autonomía y los cuidados, buscando “sacar la deuda del clóset” (Cavallero y Gago, 2020).

Endeudarse no conduce por sí mismo a la politización. Es necesario que la experiencia se desprivatice, que aparezca una interpretación compartida de sus causas, que se identifiquen actores responsables y que alguna organización traduzca la experiencia en demanda. La coyuntura actual combina una extensión potencialmente mayor con una articulación más difícil: no hay un único contrato ni un bien visible que defender, sino tarjetas, préstamos personales, billeteras virtuales, servicios impagos y deudas informales destinados, cada vez más, a sostener gastos corrientes. Esa dispersión dificulta la construcción de una identidad común, pero también vuelve menos plausible explicar todas las deudas como decisiones plenamente libres.

Gobierno y oposición extraen conclusiones opuestas. El oficialismo confía en que la deuda es un asunto individual que no erosiona su base; parte de la oposición imagina que las cuotas impagas contienen el principio de un desencanto. Nuestro estudio muestra un panorama menos lineal. El Gobierno subestima la preocupación: la mayoría considera que el

endeudamiento es un problema, lo padezca o no. Pero la oposición saca conclusiones apresuradas: reconocer un problema común no implica compartir sus soluciones.

Diagnósticos que no anticipan soluciones

Al preguntar a estos votantes de Milei por su experiencia con el endeudamiento, propia y cercana, surgieron tres maneras de experimentar y juzgar la deuda, construidas desde la situación material, el entorno y ciertas ideas sobre responsabilidad y justicia. Diez de las veintinueve personas que respondieron sobre su experiencia personal o cercana describieron una situación crítica: el crédito ya no financia mejoras sino comida o servicios, y la deuda no aparece como contrato elegido en libertad, sino como consecuencia de ingresos insuficientes. Un segundo grupo (ocho de veintinueve) no atraviesa deudas críticas pero observa el problema como grave, y algunos lo leen en clave estructural. Un tercer grupo (once de veintinueve) interpreta el endeudamiento desde una moral de la responsabilidad individual: sin deudas críticas propias ni cercanas, distingue entre el buen deudor que ajusta y cumple y el mal deudor que gasta de más, y convierte la estabilidad propia en parámetro para juzgar situaciones muy distintas, dejando en segundo plano la informalidad, las tasas o la caída de ingresos.

La experiencia importa –quienes están asfixiados reconocen con mayor facilidad la dimensión colectiva del problema–, pero no determina por sí sola la posición política: incluso entre quienes lo leen en clave estructural persisten el valor del esfuerzo y la desconfianza hacia el Estado.

Al preguntar por las soluciones, la posición más extendida es la no intervención. Diecinueve de los treinta participantes que se pronunciaron sobre qué debería hacerse rechazaron que el Estado regule tasas o refinance deudas; siete defendieron alguna forma de regulación, mediación o prevención pública; cuatro describieron el problema sin lograr formular una salida. Para la mayoría antiintervencionista, la deuda es un acuerdo libre entre privados: rescatarla sería injusto con quienes pagan con esfuerzo y podría reducir la oferta de crédito. La tarea del Gobierno consiste en estabilizar la economía, bajar impuestos y recuperar salarios, no en intervenir sobre contratos particulares. La solución es general y futura; las deudas, individuales y presentes.

Las vacilaciones del grupo que reclama alguna acción estatal son reveladoras. No forman un bloque homogéneo: varias respuestas comienzan aceptando el principio oficialista – el Estado no debería “hacerse cargo” – y luego agregan excepciones, como limitar intereses juzgados abusivos o incorporar educación financiera. No abandonan el lenguaje de la responsabilidad individual; intentan complementarlo con alguna forma de protección. Y los

cuatro sin postura definida también iluminan esta tendencia: entre vivir una crisis y reclamar una solución colectiva hay un trabajo de interpretación que no siempre llega a completarse.

Deuda y fidelidad política

¿Qué ocurre cuando la deuda afecta directamente a quienes apoyan a Milei? Seis de los diez participantes en situación crítica rechazan la intervención estatal. No niegan el agobio: lo procesan mediante tres recursos que suelen combinarse: la responsabilidad personal, la confianza en que el plan oficial dará resultados y la atribución retrospectiva de la crisis al kirchnerismo.

La identidad negativa, que activa una oposición tajante a todo lo asociado con el kirchnerismo, también organiza las responsabilidades. En un trabajo anterior mostramos que muchos votantes de Milei acercaron sus interpretaciones a las del Gobierno cuando un tema pasó a ser bandera de la oposición (Kessler y Vommaro, 2026). Ocurrió con los jubilados, cuando votantes que apoyaban mejorar los ingresos respaldaron el veto presidencial al aumento por leerlo como maniobra desestabilizadora. Con la deuda sucede algo semejante. La intervención estatal se asocia con el asistencialismo, los planes y el “regalar dinero”; rechazarla confirma la distancia con el kirchnerismo. La imagen de “la pistola en la cabeza” ofrece una fórmula breve para articular esas disposiciones: el valor de cumplir, la memoria de crisis pasadas, el enojo con quienes reciben ayudas. Permite reconocer el problema sin trasladar la responsabilidad al Gobierno y mantener abierta la promesa de que el orden macroeconómico terminará mejorando la vida cotidiana.

El alineamiento, sin embargo, no es total ni irreversible: algunos buscan un punto intermedio (créditos a tasa razonable, una relación posible entre salarios y precios) que sostenga la responsabilidad individual sin resignarse a tasas abusivas ni a salarios que no alcanzan. La responsabilidad individual, argumentan, sólo puede ejercerse si el trabajo permite vivir. La deuda abre así tensiones dentro del electorado de Milei, pero no produce por sí sola una ruptura.

En definitiva, las condiciones materiales importan, pero no hablan solas. Entre una factura impagable y una demanda política intervienen identificaciones políticas, encuadres asociados a ellas, ideas de justicia y formas de atribuir responsabilidades. De ahí la doble lección. El Gobierno no puede desconocer el problema: la mayoría lo reconoce, lo padezca o no. Pero sus críticos no pueden dar por descontado que de ese problema saldrá, en la mirada de los votantes, la solución que ellos imaginan, como si fuera el resultado de un razonamiento

lógico unívoco. En esa distancia entre la experiencia compartida y la solución imaginada se juega, por ahora, una parte de la persistencia del apoyo libertario.

Referencias

Cavallero, L. y Gago, V. (2020). *Una lectura feminista de la deuda: ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!* Tinta Limón.

Kessler, G. y Vommaro, G. (2026). "La construcción del electorado de derecha radical en Argentina". *Estudios Sociológicos*, 44, 1–25.

Luzzi, M. (2021). "Consumo, deuda y desigualdad: la expansión de los servicios financieros para los hogares en Argentina, 2003–2015". En S. Feldman (Dir.), *Desigualdades en la Argentina: actores, territorios y conflictos*. Ediciones UNGS.

Wilkis, A. (2024). *Una historia de cómo nos endeudamos: créditos, cuotas, intereses y otros fantasmas de la experiencia argentina*. Siglo XXI Editores.